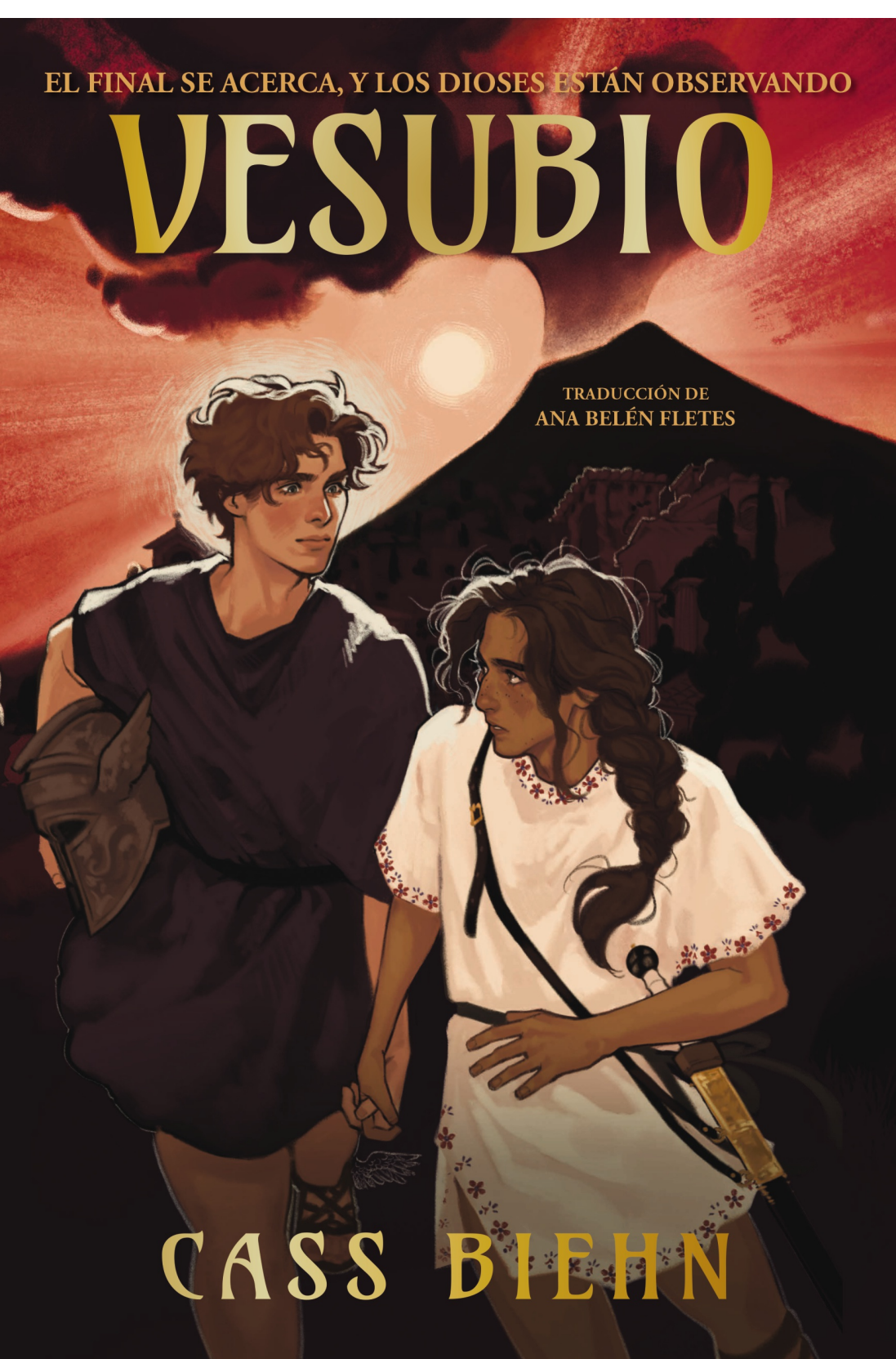


EL FINAL SE ACERCA, Y LOS DIOSES ESTÁN OBSERVANDO

VESUBIO

TRADUCCIÓN DE
ANA BELÉN FLETES

CASS BIEHN



VESUBIO

Título original: *Vesuvius*

1.ª edición: enero de 2026

© Del texto: Cassidy Biehn, 2025

Publicado por primera vez en Estados Unidos
por Peachtree Publishing Company Inc.

Todos los derechos reservados.

© De la traducción: Ana Belén Fletes

© De esta edición: Fandom Books (Grupo Anaya, S. A.), 2026

C/ Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.fandombooks.es

Ilustración de cubierta y detalles interiores: Chris Sack

ISBN: 978-84-19831-44-6

Depósito legal: M-19503-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

VESUBIO

CASS BIEHN

Traducción de Ana Belén Fletes

FANDOM BOOKS

Te quería, así que te integré en mi mitología...

La creación, la fractura y la revisión de mi propio ser.

CAPÍTULO I



Félix

Félix entró a robar en el templo de Apolo justo antes de que amaneciera.

Estaba chupado robar en los templos. Rollos de tejidos lujosos, bolsas llenas de monedas, cestos rebosantes de cerezas en ofrenda que terminaban echándose a perder... cualquier buen ladrón sabía que era juego limpio. No era divertido. Era tan tedioso, de hecho, que la tarde anterior, tras hacer un reconocimiento rápido de la zona, estuvo a punto de dar media vuelta y olvidarse del tema.

Hasta que se fijó en el tesoro de Apolo: un reluciente casco de plata sobre un pedestal sin vigilancia, que pedía a gritos que Félix dejara sus huellas encima. Una sensación que era más que deseo se apoderó de él, una atracción magnética hacia un objeto con el que podría comprarse un palacio si jugaba bien sus dados.

No había ninguna duda. Iba a hacerse con ese casco.

En una taberna retó al guardia del templo a beber e hizo que cogiera tal cogorza que se quedó dormido. Después, al rayar el alba, se coló en el templo, agarró el casco y salió tan campante. Facilísimo.

Viéndolo en retrospectiva, tendría que haberse dado cuenta mucho antes de que lo seguían.

A dos calles del foro, unos pasos amortiguados se acompañaron con los suyos. Muy bien. Félix podía quitárselo de encima. Apretó el

paso. Cuando oyó desenvainar una gladius, la espada corta utilizada por los legionarios, y rasgar el aire nocturno, apretó el paso.

Félix no llevaba ni un día en Pompeya, pero como cualquier ciudad romana que se preciara, las calles formaban una cuadrícula. Daba igual que girase dos o diez veces, las calles laterales terminarían sacándolo a la avenida principal. Sus sandalias golpeaban los adoquines irregulares. Error de principiante. Todo ladrón sabía que para tener éxito en cualquier trabajo había que ir descalzo, en silencio. Pero se suponía que iba a ser un trabajo fácil. Entrar, salir y marcharse. Que la ciudad lamentase en silencio el tesoro robado cuando él estuviera ya a medio camino de Herculano.

Al cuerno. Se metió a toda prisa por un callejón y se detuvo medio segundo a quitarse las sandalias. Era el único par que tenía, pero no valían más que sus manos. O que su cuello. En cuanto vendiera el casco, se compraría otras. Eso era lo bueno de rechazar cualquier sentimentalismo. Si no te encariñabas con las cosas, no pasaba nada cuando las perdías. Sencillo.

Sujetó bien el casco debajo del brazo y reanudó la marcha sin hacer ruido.

El plan debería haber salido bien. Había llevado a cabo robos mucho más complicados con mucho más en juego. Como la media docena de botellas de vino de primera calidad que había robado en las bodegas de Lassius, al sur de la ciudad. Había sacado un buen pellizco vendiéndolas en el mercado de Salerno antes de que los guardias lo echaran de la ciudad. No era justo, de verdad. Revender no era un delito en sí.

Hablando de vino, Félix se desvió de nuevo para recoger la bolsa con sus pertenencias que había dejado escondida. Puede que los guardias de Salerno le hubieran quitado las ganancias, pero aún le quedaba una botella y tenía toda la intención de sacar provecho de ella.

Y de ahí esprintó hacia las murallas de la ciudad. Una risita de excitación silenciosa le subió por la garganta, la emoción del juego. Su trabajo se le daba realmente bien.

En ese momento, corriendo descalzo sobre los adoquines de la calle de una ciudad perdida que no volvería a pisar, Félix no tenía pasado. No tenía futuro.

Tenía solo el momento presente. Y con eso bastaba.

Pero toda la buena suerte que prometía su nombre de pila se le acabó a las puertas de la ciudad.

Como si conociera sus intenciones, un hombre corpulento con una capa escarlata sobre los hombros lo esperaba bajo el arco de la salida de Pompeya. No era un guardia de la ciudad. El oficial con el que había estado bebiendo Félix vestía de color marrón apagado. Ese parecía más un miembro de la guardia privada de algún patricio rico, dispuesto a hacer el trabajo sucio a su señor, aunque significara infringir la ley.

Esperando en vano que el guardia no lo hubiera visto, Félix giró y tomó un camino distinto. Cambio de planes. Se le daba tan bien cambiar de estrategia como limpiar los bolsillos de la gente. Si alguna vez tomaba un aprendiz (no quisieran los dioses que llegara el caso, ya que los niños lo ponían nervioso) le enseñaría las reglas esenciales tal como su padre se las había enseñado a él. La regla número uno era, sin duda, no encariñarse de algo que no fueras a poder abandonar.

Regla número dos: Saber cuándo abandonar la partida.

Félix no iba a conseguir salir de Pompeya esa mañana, pero sí podía esconder el casco y volver a por él cuando no llevara un guardia armado pisándole los talones. Vio tres cajones grandes al fondo de un callejón. Levantó la tapa de uno y se encontró con que estaba lleno de grano molido, pero cuando depositó el casco en el interior, le entraron dudas. El grano caía entre las alas, una a cada lado del protector nasal, y las aberturas para los ojos. Lo invadió una extraña sensación de reconocimiento. Como si esos ojos lo hubieran mirado antes, pero no sabía decir cuándo ni dónde.

Apartó la sensación y se concentró en lo que verdaderamente lo unía al casco: lo que podría comprar con él. Nunca había tenido en su poder algo tan valioso. El casco le permitiría llegar a las siguientes diez ciudades, y eso significaba tener para vivir unos cuantos meses. Significaba poder comprar pan para comer en vez de hurtarlo o una cama para él solo sin tener que aguantar la incómoda proximidad de otro cuerpo. Sintió vértigo al ver cómo el trigo engullía el casco de plata.

Si su padre lo viera ahora, llorando la pérdida de algo que tan solo un momento antes había tenido en las manos...

—Volveré —juró.

El casco enterrado entre el grano no respondió.

Colocó la tapa sobre el cajón y regresó a la calle principal sacudiéndose las manos.

Tan solo había recorrido dos manzanas cuando notó la punta de una espada en la nuca.

—De rodillas.

Al ver que Félix no lo obedecía, el guardia le hizo un corte en las pantorrillas. El dolor era tan intenso que se le doblaron las piernas. La sangre de los cortes le corrió por las piernas cubiertas de polvo formando riachuelos pringosos. Un pensamiento apenas coherente le cruzó la mente (alejarse aunque fuera a rastras), pero sabía que no llegaría muy lejos antes de que el guardia encontrara otra parte de su cuerpo que rajar con su espada.

Una mano grande le rodeó la garganta desde atrás y apretó.

—¿Cómo has conseguido el casco? —preguntó el guardia.

Félix forcejeó. La pregunta le pareció incorrecta. ¿No tendría más sentido preguntarle...?

—¿Dónde está el casco?

—No sé de qué me hablas —resolló Félix.

El hombretón le apretó la garganta. Félix intentó arañarle donde fuera, buscó un codo, pero nada. Era inútil. Empezó a ver puntitos blancos y después...

Libre. Se desplomó en el suelo y apoyó las palmas sobre los adoquines mientras intentaba recobrar el aliento.

—Vas a venir conmigo —ordenó el guardia. No le dejó opción. Lo agarró de la túnica y lo levantó del suelo—. Al más mínimo ruido te rajo y dejo que te pudras en plena calle —le susurró al oído, echándole el aliento caliente.

Félix tragó saliva y sintió que el miedo le atenazaba los nervios. El hombretón lo empujó y lo obligó a caminar hacia una zona distinta de la ciudad. El color de los adoquines cambió, pasó de un gris desgastado a un rojo más moderno. Las villas allí eran más nuevas, amuralladas y con portón, señal de que se encontraban en la parte rica de la ciudad. Solo los más acaudalados podían permitirse ese grado de intimidad, paredes sin grafitos ni pinturas anatómicas vulgares a la vista. Se detuvieron delante de una de las casas más grandes, pero el guardia no lo hizo pasar del portón de entrada, sino que lo instó a seguir por una callejuela lateral hacia la entrada de los sirvientes.

Lo empujó al interior de una pequeña estancia iluminada por velas. En una hornacina en la pared había un par de estatuillas de marfil tallado, un lar danzante y un bufón. Debían de ser las divinidades domésticas: lares que simbolizaban las riquezas de los propietarios, protectores del hogar y otras cosas con las que Félix no malgastaba la saliva o el dinero. Desconocía a qué deidades menores representaban aquellas figuritas. A la tenue luz de las velas, la expresión del bufón se alargaba en una sonrisita lasciva y las extremidades de la figura danzante parecían demasiado largas, como si el barro se hubiera deformado. Sintió un escalofrío.

—Deja aquí tu bolsa, ladrón —dijo el guardia.

Los labios de Félix se curvaron en una mueca de desprecio.

—Yo no he cogido nada. Pero si así es como tratas a un vulgar ladronzuelo, no quiero ver lo que le harás a un criminal de verdad.

Le arrancó la bolsa que llevaba al hombro y le dio la vuelta. Un montón de cerezas y monedas (vale, había metido la mano en las ofrendas durante la visita de reconocimiento del templo esa misma tarde. ¿Y qué?) se desperdigaron sobre las baldosas del suelo. La botella de vino que le quedaba salió rodando con aire acusador.

Félix se aguantó la mueca de dolor.

—Todo mío. Era mío de antes.

El guardia cogió un llavero con varias llaves maestras de entre aquel batiburrillo y enarcó las cejas.

«Por Júpiter».

—Soy aprendiz de cerrajero.

—Muy bien —contestó el otro, dejando las llaves a un lado—. ¿Me explicas lo del vino?

—¿Acaso vas a interrogarme por todo lo que llevo en mi bolsa? Pues vamos a estar aquí toda la noche.

—No es un interrogatorio —dijo alguien con voz fría—. Gracias, Darius. Yo me ocupo.

Una figura se apoyó contra la pared. Había llegado de forma tan repentina y silenciosa como si hubiera aparecido de la nada. Para ser tan temprano, el hombre iba vestido impecablemente, con la túnica planchada y las botas altas bien atadas. Llevaba guantes de cuero. Una insignia resplandecía en su hombro, un blasón con un halcón lanzándose en picado. Sería algún dignatario, un político o un patricio.

—De modo que este es el ladrón —dijo el recién llegado—. Siéntate.

—No soy un ladrón —masculló Félix, pero el recién llegado se limitó a sonreír impasible.

Se le puso la piel de gallina y se le erizó el vello de los brazos. Aquel hombre era de los que parecía que no tenían una opinión definida sobre nada. Sin embargo, en su experiencia, esos hombres eran los más peligrosos. No se comprometían con ninguna causa, de manera que cambiaban de opinión de repente si se adecuaba más a sus intereses.

Darius se situó junto a la puerta con postura relajada, pero sin enfundar la espada.

Félix se sentó al borde de una silla de mimbre y se arriesgó a echar un vistazo. Para salir de la estancia tendría que hacer frente a Darius, porque si cruzaba la otra puerta solo conseguiría adentrarse aún más en una casa que no conocía. No iba a poder salir de la peliaguda situación por la fuerza, al menos de momento.

Se percató entonces de la pintura que dominaba la pared del fondo. Una montaña cónica de laderas escarpadas y Baco, dios del vino, bendiciendo el suelo fértil. Debajo se retorció una serpiente. Reconoció la montaña al norte de la ciudad: el Vesubio. Pero se preguntó qué (o a quién) se suponía que representaba la serpiente.

El hombre levantó la botella.

—Un gusto caro. Esto no se bebe todos los días.

Félix lo sabía. Esa era la cuestión.

La descorchó de espaldas a Félix, que frunció el ceño cuando lo vio servir el líquido de color rubí en sendas copas de plata. Con el dinero que le habrían dado por la botella sin abrir habría podido comprarse unas sandalias nuevas. Entonces el hombre se volvió y le dio una copa, que instintivamente se llevó a la nariz. Azúcar, en su mayor parte. Y después un trasfondo acre.

—Lo ha adulterado —dijo Félix olisqueándolo de nuevo—. Savia de amapola. El vino de Lassius es empalagoso. Esto huele a amargo que tira para atrás.

—¿Experto en venenos?

—No —contestó Félix dejando la copa en el suelo—. He bebido mucho.

—Listo. —El mimbre y la madera crujieron cuando el dignatario se sentó frente a él. A la vacilante luz de las velas, sus ojos parecían

descoloridos. Se reflejaba en ellos la llama anaranjada, pero por lo demás estaban vacíos—. Admito que lo del vino ha sido una prueba. Y la has pasado.

—No soy su alumno.

—Demasiado listo para andarse con juegos, por lo que veo.

Félix tuvo la clara impresión de que se estaba burlando de él. «No respondas». Aun así, lo que fuera que viera en su expresión tuvo que resultarle satisfactorio, porque el hombre esbozó una sonrisa divertida.

—Y dime, chico, ¿crees en la magia?

Félix resopló.

—No. Menuda gilipollez.

El hombre acarició el borde de la copa con el índice enguantado. Una y otra vez. Félix empezó a sentirse incómodo mientras seguía el movimiento con la mirada. Se clavó las uñas en las palmas. No se había dado cuenta de lo fuerte que estaba apretando los puños hasta que el escozor le recordó que debía estar atento. Su oficio se basaba en los detalles, en catalogarlos, usarlos como arma. Ser ladrón consistía en fijarse en los detalles adecuados y no dejar que un desconocido te distrajera con otros.

—Una postura interesante —continuó el dignatario—. Al menos para ti. Dime con quién te formaste. ¿Un sacerdote? ¿En qué templo?

—No podría decirle.

—¿No lo recuerdas?

Félix se removió en el asiento. El comentario hizo que le picaran unas heridas de las que los únicos recuerdos que quedaban eran cicatrices. Por lo general no le causaba ningún problema no poder recordar. Revolverse en el pasado, centrarse en el futuro, los pasatiempos no ayudaban a sobrevivir. Pero algo en la pregunta de aquel hombre se le metió dentro como las tiras de mimbre se le clavaban en los cortes de las pantorrillas.

Los ricos tenían muebles incomodísimos.

—Me considero un coleccionista —continuó el hombre, moviendo la copa hacia un lado con un arrogante giro de muñeca. Sin decir palabra, Darius se aproximó y la cogió—. Tierra. Objetos. Personas, cuando me conviene. Tengo intereses bastante especializados.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Tiene que ver con que te he visto antes en el foro, estudiando el terreno en el templo. Eres sutil, pero me he fijado en el ansia con que observabas el casco. Como si estuvieras dispuesto a morir por él. O algo peor. —Se le ensanchó la sonrisa—. ¿Te das cuenta de lo valioso que es ese casco? Algunos afirman que es divino, y los pompeyanos son gente supersticiosa. Ven malos augurios en todas partes. No se lo van a tomar bien cuando se enteren de que ha desaparecido, ni mostrarán clemencia cuando encuentren al ladrón. Pero tú y yo tenemos más en común de lo que crees. Dos nómadas que han perdido su hogar y tratan de encontrar el camino de vuelta. El casco puede ayudarnos a llegar a los dos.

Félix notó el sudor que se le había formado en la nuca. Se moría de ganas de preguntarle cómo podría ayudar un casco a recuperar su hogar. Cómo sabía aquel hombre que no tenía hogar desde que abandonó Roma seis años atrás. Pero preguntárselo revelaría que sabía de qué casco hablaba, y no podía permitirse admitir tal cosa.

Además, ese hombre ya lo tenía todo, una casa con vigilantes privados y copas de plata. Podría comprarse veinte cascos. Podría haber robado ese casco en cuestión él solo y haber escenificado la recuperación triunfal si eso era lo que buscaba. Pero por alguna razón, Félix no creía que fuera ese su objetivo.

—Gilipolleces —repitió.

—Considera al menos mi oferta antes de que me enfade, ya que yo te he seguido la corriente.

Pero a los ladrones no se les seguía la corriente. Con ellos se aplicaba más la política de matar primero y preguntar después.

—Me temo que no puedo ayudarle —contestó Félix al tiempo que se levantaba y observaba a Darius bloqueando la salida—. Mi padre me está esperando.

El hombre lo dejó llegar hasta la mitad de la estancia de camino a la puerta antes de decir arrastrando las palabras con pereza depredadora:

—Tu padre está muerto.

Félix se contrajo y lo vio todo rojo, como si el pavimento se hubiera cubierto de sangre.

—¿Qué sabe de mi padre?

El súbito ataque de rabia lo distrajo. Darius aprovechó la oportunidad y se lanzó sobre él y lo derribó. Le inmovilizó las muñecas detrás de la espalda y lo empujó contra el suelo.

—Lo he adivinado por casualidad. —El hombre se colocó delante de él y lo miró desde su posición elevada—. Podría decirse que sé cómo motivar. ¿Dónde está el casco?

—No lo sé —contestó Félix con una mueca de desprecio, forcejeando en vano.

—Vas a traérmelo. Hazlo y podrás abandonar la ciudad con una bolsa llena de dinero. Te daré un caballo. No me digas que no es buen trato.

—Mentira —espetó Félix, lanzando un escupitajo que aterrizó a un centímetro de la bota de cuero del dignatario.

El hombre suspiró.

—Probaremos de otra manera. A ver si esta técnica funciona mejor. Cuando recuerdes lo que te arrebataron, tendrás tantas ganas de vengarte de Roma como yo.

Darius lo agarró por la túnica y lo obligó a arrodillarse por segunda vez. Al amanecer, si es que aguantaba hasta entonces, sus rodillas estarían moradas de las magulladuras. Félix no se sentía humano, enseñando los dientes y respirando entrecortadamente, pero al hombre no pareció preocuparle cuando se arrodilló ante él. Félix se fijó distraídamente en que se quitaba los guantes de cuero, porque no podía apartar la vista de los ojos descoloridos que lo mantenían inmóvil.

—Vamos a ser socios —dijo el hombre pensativo—. Colaboradores. Los Casio y Bruto de una nueva era.

Le tomó la mandíbula con las manos y Félix cayó en un vacío oscuro.

Bueno, a lo mejor no debería llamarlo vacío.

Tenía la extraña sensación de estar... cayendo. Empujado por un peso, como si le hubieran atado ladrillos a los tobillos, cayó hacia atrás. El pulso le retumbaba en los oídos. Diversas escenas jugaban con su mente, recuerdos de la noche pasada, pero contadas al revés: los adoquines fríos bajo las plantas desnudas, la plata suave en sus manos. Y antes, la acidez del vino barato y un guardia borracho desplomado sobre una mesa.

Y antes de eso, un camino despejado, el tintineo de las botellas de vino robadas en su bolsa.

Y antes de eso, el olor pestilente de la ciudad de Salerno. Las bodegas Lassius a la luz de la luna.

Alguien toqueteaba sus recuerdos, repasando las escenas de su pasado reciente como quien examina un taco de hojas de papiro. Buscando. Era una sensación incómoda, invasiva, una combinación repugnante entre desconocida y familiar. Se le revolvió el estómago y le entraron ganas de apartarse de un salto. No toleraba el contacto físico ni cuando estaba de buenas, y en ese momento no estaba para nada de buenas.

Retrocedió aún más. Hasta la época que había pasado al sur del imperio, valorando la posibilidad de coger una embarcación hasta Alejandría antes de saber que no podía costearse el billete. Deshizo el camino hacia el norte, hacia atrás, las noches insomnes, las persecuciones con el corazón desbocado por los tejados y las tejas desparramadas.

Hasta que, por fin, alcanzó el camino que llegaba de Roma. Ahí el pulgar que iba pasando las páginas de sus recuerdos se detuvo. A contemplar.

Pero Félix sabía que no había nada más allá de aquellas puertas. Había visitado aquel espacio de su memoria tantas veces que había perdido toda esperanza de recordar lo que hubo allí en otro tiempo.

Aparte de la imagen (meros fogonazos) de las dos serpientes enroscadas en el brazo de su padre. Una estatua sobre un pedestal señalando los cielos, los ojos vacíos, un hombre con ropajes largos que se acercaba arrastrando los pies...

El tintineo de la plata al chocar contra la piedra interrumpió el recuerdo, y Félix abrió los ojos. El dignatario había bajado la mano. Félix tomó aliento tan profundamente que le dolieron los pulmones. Le daba vueltas la cabeza. A su lado, el vino se había derramado sobre las baldosas, la copa que había dejado en el suelo se había volcado ella sola. El hombre también parecía agitado.

Entonces sintió una sacudida bajo las rodillas y comprendió que era el suelo lo que se tambaleaba.

Darius lo soltó y Félix se alejó gateando con dificultad. Intentó agarrarlo de nuevo, pero él era más rápido.

No tenía ni idea de qué había sucedido, cómo le había hecho perder el conocimiento aquel dignatario importante, por qué el mundo se estaba derrumbando, no entendía nada, pero no pensaba

desaprovechar la oportunidad. Fue hasta la puerta de un salto, salió a la callejuela y echó a correr.

Correr por un terreno de aspecto amenazador era traicionero. Los adoquines se alzaban para morderle los tobillos. Las tejas llovían de los tejados y se quebraban en pedazos letales. Félix era vagamente consciente de los gritos de la ciudad al despertar con tanta violencia, pero se fundían con el ruido de fondo.

Porque Darius seguía persiguiéndolo como si ni el fin del mundo pudiera impedirlo.

«Piensa. Piensa». El dolor de las piernas era insoportable.

El día anterior, al entrar en la ciudad, había pasado por delante de un templo. Trató desesperadamente de recordar en qué calle se encontraba. Si consiguiera encontrarlo podría pedir refugio. Entrar en un templo nunca le había servido para alcanzar un objetivo (al contrario, más bien) pero los fieles que estuvieran dentro tendrían que acatar las antiguas leyes que obligaban a respetar la petición de refugio. Solo tenía que encontrarlo.

Un poco más adelante, una pesada puerta de madera le hacía señas que lo impulsaban a seguir corriendo. Subió los pequeños escalones de un salto, se coló por la puerta que no estaba cerrada con llave y rogó por primera vez en años que hubiera alguien dentro.

Se encontró en un peristilo con columnas de mármol y frescos pintados en las paredes. Un altar, en el que no había páttera, se alzaba del suelo de tierra, y la sala interior del templo, la cella, asomaba en el centro.

Ni un alma. Maldijo su suerte.

Estaba descalzo, sangraba y tenía el pulso acelerado. Clavó los ojos en la puerta a la espera de que Darius llegara corriendo. Se imaginó la espada de acero rasgando el aire, trazando un arco descendente y mortal. Retrocedió un paso. Dos.

Un rayo de cegadora luz dorada se filtró en el templo. Oyó que alguien contenía una exclamación de sorpresa detrás de él.

Félix no estaba solo como había pensado.

Se dio la vuelta. En lo alto de los escalones de la cella alguien lo observaba inmóvil, una figura alta se recortaba suavemente contra el resplandor que entraba por la puerta abierta. Un velo le cubría la parte inferior del rostro. Félix contempló los largos y elegantes dedos

aferrados a una pátera de bronce. Se tambaleó. Por un segundo tuvo la certeza de que estaba en presencia de un dios. Pero no. Imposible. Félix rechazó la idea de inmediato, por la misma razón por la que se negaba a seguir pensando qué había hecho con su mente el hombre ese de la casa lujosa.

Ambas cosas incumplían la regla más básica de todas para Félix: la magia no merece el esfuerzo mental que requiere creer en ella.

Aun así, contempló extasiado a la figura bajar los escalones, cada pisada resonando en el patio en silencio. No se atrevía a respirar siquiera por miedo a romper el hechizo.

—Tú... —susurró el desconocido.

Y la pátera de bronce chocó contra la sien de Félix.

CAPÍTULO II



Loren

La vida de Loren era más fácil antes de que empezara a soñar con el fantasma del pelo cobrizo.

Llevaba meses despertándose en plena noche bañado en sudor, el nombre del fantasma en la punta de la lengua, pero fuera de su alcance. Y de pronto se presentaba ante él para atormentarlo en persona.

Solo que los fantasmas no se caían redondos tras ser golpeados con una pátera.

Aquel chico era de carne y hueso, y él acababa de matarlo. Así sin más.

Milagrosamente, Loren reaccionó a tiempo y consiguió sujetarlo antes de que cayera al suelo. Se sentó con él, el pelo rizado del chico extendido sobre su regazo.

—Lo siento —dijo Loren—. Lo siento mucho.

El chico no se movía.

A decir verdad, que el protagonista de sus peores pesadillas apareciera ensangrentado y con cara de terror justo donde él trabajaba resultaba bastante perturbador. Sobre todo después de haber pasado la noche anterior dando vueltas y haber despertado gritando, y luego el temblor de tierra... Pero Isis sabía que él no quería cometer un asesinato. Se le hizo un nudo en el estómago de miedo y culpa. Le buscó el pulso con dedos torpes, pero le temblaban tanto las manos que dudaba mucho que hubiera tocado el lugar correcto.

Unas voces y pisadas en la entrada del templo lo sacaron de sus ensoñaciones.

—¡Esto es suelo sagrado! —bramó Camilia, otra auxiliar del templo—. Enfunda la espada.

Intentaba cortar el paso a un hombre con armadura de cuero que pretendía entrar a la fuerza en el peristilo. Loren no pudo por menos de reconocerle el mérito. Pequeña pero feroz, Camilia daba órdenes como un capitán legionario, y todo con la túnica de dormir aún puesta y el pelo corto totalmente revuelto. Para sus adentros, Loren se maravilló al ver lo rápido que había llegado al templo tras el temblor de tierra. Camilia vivía al otro extremo de la ciudad, pero nada, ni siquiera la distancia, se interpondría entre el templo y ella en un momento de crisis.

—Estás encubriendo a un delincuente —dijo el guardia—. Por orden de mi señor...

—Por mí como si tu señor es el emperador Tito en persona. No entrarás aquí. Aquí no hay ningún delincuente.

Loren se dio cuenta de que Camilia no lo sabía. Aún no lo había visto. Rodeando a Félix con los brazos, intentó ocultarlo detrás del altar. La cabeza le colgaba de una forma muy fea. Camilia estaba de espaldas a ellos, pero el guardia se percató del movimiento. Lo señaló con su gladius.

—¿Y cómo explicas eso?

Camilia se dio la vuelta.

A veces, Loren desearía que su don no fuera de naturaleza profética, sino de transmisión de pensamientos, como había leído en algunas historias. Al menos le sería útil, sería algo controlable. Sobre todo en momentos como ese, mientras Camilia lo fulminaba con una mirada insondable. Últimamente, recibía muchas miradas como esa.

«Te lo voy a contar. Con todo detalle —pensó Loren con toda la intensidad que pudo, tratando de informar a su compañera mentalmente—. Deshazte de él».

Camilia apretó los dientes.

—La diosa Isis está del lado de los oprimidos —dijo por fin—. Proporcionamos refugio a todos ellos.

El guardia la miró con cara de desprecio.

—El ladrón no ha venido buscando refugio.



No soy Hércules. Ni Aquiles. Soy Félix a secas.

Félix no se lo piensa dos veces cuando se le presenta la oportunidad de robar un casco que, una vez en su poder, descubre que es una reliquia del mismísimo dios Mercurio. Y, cuando Félix lo toca, partes de su pasado olvidado comienzan a removerse.

Loren vive atormentado por unas pesadillas recurrentes en las que Pompeya queda destruida. Y las pesadillas las protagoniza Félix, que un día entra apresuradamente en el templo en el que trabaja Loren justo cuando un terremoto sacude la ciudad.

Loren solo tiene unos pocos días para descubrir el misterioso vínculo que une a Félix con el casco y con sus sueños y así salvar Pompeya de la furia abrasadora del Vesubio. Pero en la antigua Roma, la traición acecha tras cada esquina, y el destino es ineludible. Félix y Loren tendrán que afrontar el suyo, y lo que han empezado a sentir el uno por el otro, si quieren salir con vida de la ciudad en llamas.

FANDOM BOOKS

www.fandombooks.es



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

